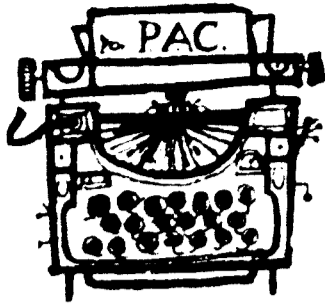


# escrito a máquina

## Teoría navideña del arrabal



El "umbículus mundi", el ombligo del mundo para los romanos quedaba en el centro de Roma —todavía está allí, entre las ruinas del foro, la orgullosa piedra que centraba todos los caminos del universo—; Egipto creyó lo mismo, y Asiria y Grecia y los Mayas y los Aztecas, etcétera. Cada país, cada civilización lo ha creído de una manera o de otra según la época. En realidad, cada hombre es el centro del universo. Cada hombre está siempre en el centro del círculo de su horizonte. Por eso, cuando el hombre imaginó el puesto de la Tierra en el cosmos, la colocó en el centro. Todo debía girar alrededor de ella. Todavía gira. Todavía decimos que el Sol sale o se pone.

El hombre concibe la superioridad y la grandeza con esa imagen umbilical y céntrica: centrar la atención, centrar el mando y el poder, ser el centro de atracción, que todo gire pendiente de ese punto supremo. El alrededor es lo inferior. Lo alejado del centro es lo fracasado, lo marginado.

Así concibió el Hombre a Dios. Dios monarca. Dios poder. Dios centro. ¡Nunca Dios-alrededor! ¡Jamás Dios-pueblo!

Sucedió, sin embargo, que Dios se hizo hombre y su vida y su mensaje trastornaron toda la idea que el hombre tenía de Dios y que el hombre tenía del Hombre. El tenido por grande se hizo pequeño. El adorado por fuerte fue débil. El definido por centro se hizo alrededor. El Rey fue un pobre. Su trono un pesebre (o una cruz).

La Revolución comenzó entonces.

Ha costado, sin embargo y cuesta ya más de dos mil años desarraigar del hombre su idea del Yo umbilical, del Dios-Yo proyectada sobre toda su cosmo-visión.

Una vez Copérnico demostró que la Tierra no era el centro del sistema solar. Siglos después Shapley demostró que nuestro Sol no era el centro de nuestra galaxia, sino que estaba en sus arrabales. Mucho antes de esos dos astrónomos, otros astrónomos caldeos llegaron a Jerusalén —la capital de un paisecito oprimido por el colosal imperio Romano— y allí preguntaron dónde es que había nacido el Mesías esperado. Y también resultó que Dios había escogido un arrabal de aquella civilización para nacer.

Ciencia y Revelación nos desplazan de la pretensión orgullosa del centro, hacia el opaco alrededor. ¿Qué significa esta divina valoración del arrabal?

¿No querrá decirnos que la verdadera naturaleza del hombre no se expansiona realmente al hincharse de orgullo —que su natural expansión no la logra en la voluntad de poder, ni en el apetito de riqueza, ni en el de gloria, ni en el de magnificencia— sino por este lado de la humildad, del amor, del darse a los demás, de abandonar el centro (el Yo egoísta) por el alrededor que es el "nosotros" y es el prójimo?

Lentamente la historia humana ha ido absorbiendo la difícil inversión de valores. Lentamente ha ido fructificando la extraña semilla sembrada por Dios en la Tierra. A veces la misma religión brotada del Evangelio se deja llevar por la tendencia milenaria del hombre y reviste con los signos del orgullo y de la riqueza la sustancial pobreza y desnudez de Cristo: en un abrir y cerrar de ojos brota la maleza de la magnificencia y del poderío sofocando la pequeña semilla. Pero siempre se produce la reacción: un día es un santo el que sirve de fermento, otro día es una catástrofe la que purifica la conciencia, otro día es un movimiento inesperado y ardiente dentro de la misma Iglesia: un San Francisco de Asís, o un Concilio Vaticano, o, si la propia Iglesia no reacciona, una persecución, una revolución, un cisma, actitudes extremas y violencias derivadas del fermento cristiano como el mismo comunismo. Siempre hay una voz que resuena en la historia desde sus desiertos, desde sus alrededores, desde sus arrabales, recordando el fundamental desplazamiento del humanismo verdadero de Roma a Belén, del Emperador al Proletario del Pesebre, del Egoísmo al Amor.

Y —en esta lucha entre las fuerzas centripetas del Yo (hacia el centro) y las fuerzas centrifugas del Amor (hacia el alrededor)— el cristiano es aquel que da testimonio con su vida, como una brújula, de la dirección de Dios.

La dirección de Dios es liberadora. El hecho fundamental de toda la historia bíblica —que al mismo tiempo es el símbolo del gran acontecimiento de la Redención de Cristo— es la liberación de los israelitas del yugo de la esclavitud

## **2 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA**

**egipcia. La dirección, la conducción del hombre por Dios está marcada y definida en ese hecho que, no por casualidad es también una actitud anti-imperialista. Faraón es el poder del YO; Israel es la preparación del NOSOTROS para el reino del amor. El egoísmo hecho país se llama imperio. La dirección de Dios en la historia es la contraria. El camino hacia el arrabal es el camino hacia la "Tierra Prometida". La dirección de Dios "no aparta al hombre de su tarea TRANSFORMADORA DEL MUNDO, sino que al contrario, por su condición religiosa, lo empuja violentamente a un compromiso cósmico e histórico sin reservas".**

**PABLO ANTONIO CUADRA**